



La aventura del maíz mágico

Ángel Elisa Pérez Fuentes

Una tarde de primavera, en una casita de un pueblito estaba sentada a la mesa una nena de catorce años, su nombre era Eva, quien dibujaba en un cuaderno con los lápices de colores nuevos que le había regalado su abuelo el día de su cumpleaños. Mientras pintaba un complicado laberinto, su cabello rizado y negro caía sobre la hoja y el sol lo hacía brillar mucho.

Doña Elena, su abuela, que tenía una sonrisa dulce, estaba moliendo maíz cocido para preparar la masa de las tortillas que tanto le gustaban a Eva. La cocina se llenaba de ese sonido de metate y de los deliciosos olores de la comida que doña Elena había hecho desde muy temprano.

—¿Qué tanto dibujas, Evecita? —preguntó doña Elena mientras seguía moliendo el maíz.

Eva levantó la mirada, pensando aún en su dibujo.

—Es un laberinto, Abu. Pero no es para que la gente se pierda, es para que tengan una idea de encontrar su camino.

—¡Qué ideas tan raras tienes, hijita! ¿Y cuál es esa idea que hasta un mapa necesita?

Eva cerró su libreta y apoyando la barbilla en la mesa con un tono serio, dijo:

—Es sobre el maíz, Abu. Siempre decimos que el maíz lo es todo, ¿verdad? Que es la base de nuestra vida.

Doña Elena, orgullosa, asintió. —Porsupuesto: tortillas, atole, tamales... El maíz, es un regalo de la tierra porque es fuerte, rico en vitaminas, y nos ha mantenido para seguir trabajando.

—Sí, pero... —Eva arrugó la nariz —me di cuenta de que unos niños estaban cansados; jugaban lento, como si se agotaran con cada paso que daban. Mi maestra dice que a veces eso pasa porque les falta lo que llamamos “estrellas de vida”.

—¿Estrellas? ¿Te refieres a las vitaminas? —preguntó doña Elena con curiosidad.

—Algo así, son como súper-chispas que dan ánimos —le explicó Eva, mientras buscaba las palabras correctas. Mi padre lee muchos libros de agricultura, y me contó que el maíz tiene muchos almidones, ¡es gasolina para correr!, pero, no tiene muchas de esas “súper-chispas” que construyen nuestros músculos, y nos ayudan a crecer fuertes. Entonces, pienso que como que algo le falta al maíz, para ser perfecto.

Doña Elena dejó de moler. La expresión de su rostro paso de la duda al asombro y con una risa le contesto: —¡Pero si el maíz es perfecto, Eva!



Tiene miles de años alimentándonos, así como está.

—Ah sí, ya lo sé —respondió Eva con una lucecita en los ojos. —Pero imagina que un edificio está hecho con buenos cimientos, pero con poco cemento, ¿No sería mejor usar solo cemento extra fuerte? El maíz, es la base de muchos niños, que puede estar careciendo de ese componente extra.

Mostró la masa blanca y pegajosa que la abuela tenía sobre el metate. —Mira, Abu, imagina que esta masa es como una caja con muchas moneditas que te dan energía para correr, pero casi no tiene las que te ayudan a crecer fuerte. Si encontráramos la forma de que el maíz tuviera más de esas monedas especiales, sería como un tesoro que se puede comer. ¡Sería un súper alimento para los niños!

Doña Elena sonrió, moviendo la cabeza. —¡Ay, mi pequeña Eva! Deseas cambiar algo que la naturaleza ha hecho por siglos. Suena a brujería.

—Quizás la ciencia sea una forma de magia —dijo Eva, tomando un poco de la masa de la abuela. La moldeó como plastilina en forma de un pequeño grano de maíz y le explicó a su abuela: —No le podemos poner directamente las chispitas de la fuerza ¡Sería carísimo e inútil! tendrían que estar ya dentro del grano, desde que nace y crece.

La abuela se rio suavemente. —Bueno, si un día logras que este chulo maíz tenga más “chispitas de ánimos” que un filete de res, yo te hago el tamal más grande del mundo.

Eva apretó el muñequito de masa en su mano y lo botó sobre la mesa.

—El problema, Abu —dijo Eva, viendo su libreta con incertidumbre —es que los granos que naturalmente tienen un poco más de esas cositas no saben tan ricos o son muy pequeños. Parece que estuvieran arrugados, como si estuvieran tristes y apagados.

—¡Ay, no! El maíz debe ser bello, grande y de buen sabor —dijo doña Elena, poniendo las manos en la cintura, algo molesta y con tono poco optimista.

—Exacto. La idea es: ¿cómo le pido a la naturaleza, con muchísima paciencia y sin trucos raros, que combine la belleza y el sabor de un maíz normal con las súper-estrellas del maíz triste y arrugado?

El laberinto que Eva dibujaba en la libreta ya no era solo líneas. Había pequeños círculos que representaban diferentes tipos de semillas de maíz y de varios colores. Ella se imaginó haciendo cientos de pruebas, buscando esa combinación perfecta.

En ese momento, entró al patio un joven llamado Manolo, dejando su bicicleta en la entrada de aquella casita. Él era un repartidor de semillas en ese pueblo e iba cargando un morralito algo a viejo con semillas y agua para mantenerse hidratado.

—¡Buenas tardes, doña Elena! Vengo a dejar las semillas para la siembra de la semana que viene.

—Pásale, Manolo. ¡Justo a tiempo para comer con nosotros! —dijo la abuela.

Manolo dejó la bolsa y se acercó a Eva, quien seguía concentrada en sus círculos.

—¿Qué haces, futura ingeniera de laberintos? —se burló Manolo cariñosamente.

—Estoy resolviendo un enigma —dijo Eva, sin levantar la cabeza. —Imagina que tienes una canica roja muy fuerte y una canica azul muy brillante. Necesitas una canica que sea fuerte y brillante, pero la naturaleza solo te da rojas fuertes y azules brillantes. ¿Cómo la haces?

Manolo se rascó la cabeza. —las podría pintar.— Soltó una risa burlona— ¿no?

Eva suspiró, frustrada. —¡No, eso no les va dar la característica que necesito! Quiero que la nueva canica nazca ya fuerte y brillante, de forma natural, sin pintura. Hay que ser paciente, como si la naturaleza fuera una artista. Hay que ayudarla a mejorarla y así será aún mejor para nuestro crecimiento.

—¡Ah, ya entendí! Como si los padres de la canica fuerte y los padres de la canica brillante tuvieran un bebé canica que hereda lo mejor de los dos.

Eva sonrió. —¡Exacto! Pero el problema es que, cuando unes a los “padres” de las semillas, no siempre sale el «hijo» perfecto. Tienes que plantar miles, miles y miles de veces, y luego revisar cada uno, una por una, tardaríamos años y años en lograr encontrar el adecuado.

Manolo silbó y suspiro. —¿Revisar cada grano? Tendrías que tener un buen ojo y la paciencia de un maestro cuando todos andan gritando. Y aparte ¿cómo sabrías cuál de esos miles de granos es el que tiene lo que tú buscas y, a la vez, que sea grande y bonito?

Eva se hizo “bolita”, pero en un momento se levantó entusiasmada y les dijo: —¡Ahí está la parte divertida, la clave para lograr esto será la ciencia! No tengo que probar grano por grano, hay formas de preguntarles a los granos, sin dañarlos, si tienen las estrellitas extra que necesitamos para que sean perfectos. ¡Usamos químicos especiales para que nos den una señal! Es como si los granos que tienen las súper-chispas se pintaran de un color diferente, solo un poquito, para que mis ojos los puedan distinguir. Así, de miles de semillas, solo selecciono las que “contestaron” la pregunta de si son las mejores, ahorramos tiempo y esfuerzo.

—¿Y luego? —preguntó Manolo, fascinado.

—Luego repito la prueba. Y otra, y otra vez, con las semillas que ganaron, hasta que, después de muchísimos intentos, ¡logro que la naturaleza me regale el maíz perfecto!

El que tiene la energía, el buen sabor y, lo más importante, ¡las “estrellitas” para que ningún niño de este mundo tenga problemas para crecer fuerte!

Doña Elena, que había estado escuchando en silencio, se acercó a la mesa, secándose las manos en el delantal manchado de masa.

—Eva, eso ya no suena a magia, suena a trabajo duro y a muchísima dedicación. Querer ayudar a los demás con lo que aprendes, eso es nobleza. Ojalá, Eva, que algún día logres ese objetivo. Sería una gran cosa para la humanidad, más grande que cualquier tamal.

Eva abrazó a su abuela y miró a Manolo.

—Lo haré, Abu. No sé cuándo, ni cómo, pero voy a estudiar y a trabajar con la tierra y con los químicos para encontrar esa canica perfecta, ese maíz mágico que no es mágico, sino pura ciencia. Un maíz que le dé a todos los niños lo que necesitan y les hace falta para ser tan fuertes y grandes como el amor que le ponemos a estas deliciosas tortillas.



Eva tomó un trozo de masa y, con una sonrisa como la de una futura científica, lo aplanó con sus manitas, imaginando que, en cada tortilla, habría la posibilidad de un futuro mejor y más fuerte para los demás. El laberinto en su libreta se sentía menos complicado ahora, ella veía una solución. Sabía que el camino sería largo, pero la meta era clara: un súper-maíz para un mejor mundo.

El olor a maíz tostado y la promesa del tamal gigante que la abuela le había hecho a Eva de aquella tarde se sentían cálidas en el aire. Eva se había quedado sola un momento luego de comer, el pedazo de masa que había aplanado aún en lo tenía cerca de su mano, la textura áspera y suave a la vez le recordaba la tierra y el trabajo. El sonido de la bicicleta de Manolo que se iba desapareciendo le recordó que la siembra se acercaba.

—¡A estudiar, Eva! —se dijo a sí misma, con la seriedad y enfocada en que solo una misión importante era la que puede inspirar a lograr aquella honesta meta.

A partir de ese día, la vida de Eva se dividió entre las labores cotidianas de la casa y ese proyecto.

Eva se pasaba las tardes en la biblioteca del pueblo, un pequeño cuarto que le pertenecía a la familia de uno de los primeros maestros que llegaron a trabajar a ese pueblo. El lugar estaba lleno de libros viejos con olor a humedad y papel amarillento, pero seguían en buen estado. Su padre, que trabajaba la tierra, le conseguía revistas de agricultura sobre el mejoramiento de las cosechas y técnicas de siembra.

Lo que Eva llamaba “las súper-chispas” se tradujo en el complicado término de “aminoácidos esenciales”, y su “maíz triste y arrugado” era, sin duda, una especie con alto contenido de Triptófano y Lisina, cruciales para el desarrollo muscular

Su cuaderno donde dibujo aquel laberinto se transformó en un diario de observaciones de las ideas que iba teniendo y lo que aprendía de sus lecturas:

Cada día, su curiosidad crecía más, y su cuaderno comenzó a llenarse de notas, dibujos y pensamientos sobre lo que iba descubriendo.

Día 17: “Las buenas cosechas deben ser trabajadas desde el estado del suelo, buscando de lo que carece para ayudarlo a mejorar.”

Día 23: “El maicito amarillo que mi abuela llama ‘criollo’ es muy resistente al gusano, pero tiene muy poca Lisina. Es como una pared fuerte con una base débil.”

Doña Elena la veía con una mezcla de orgullo y preocupación. A veces encontraba a Eva con los ojos rojos, no de tristeza, sino por leer hasta tarde a la luz de una lámpara que a la larga les haría daño a sus ojos.

—Mi Eva, estás estudiando más que un futuro abogado. No olvides que la tierra también necesita que la mires con el corazón, no solo con la ciencia —le aconsejaba su abuela, mientras le servía un plato de frijoles con arroz caliente.



Unos meses después, Eva convenció a su padre para que le dejara trabajar un pequeño espacio no más grande que un baño del campo en el que el cultivaba para la venta del maíz a ganaderos cercanos. La abuela le dio unas semillas criollas y, con la ayuda de Manolo, consiguió unas semillas de ese maíz “triste” que Eva tanto estudiaba para mejorarlo.

El proceso era agotador. Manolo le explicó los ciclos de la polinización, cómo el viento lleva el polen (el “papá”) de una planta a otra (la “mamá”). Eva tuvo que levantarse antes de que saliera el sol para poder realizar este proceso y empezar sus pruebas. Con un pincel suave y una precisión de cirujana, tomaba el polen de los “pelitos” del maíz “fuerte” y lo pasaba a la seda del maíz “nutritivo”.

Cuando la cosecha llegó, Eva estaba nerviosa. Recolectó las mazorcas, las abrió, vio los granos y, siguiendo el manual de la biblioteca, preparó su mezcla de un material que le consiguió un químico del pueblo vecino.

El momento de la verdad llegó en la cocina, con Doña Elena observando en silencio. Eva aplicó unas gotas de la solución a los granos. Algunos se quedaron blancos, otros se pintaron de un tono azul-morado intenso, la señal de que la Lisina estaba presente.

Eva saltó de emoción: —¡Funcionó, Abu!

Pero al examinarlos, el rostro de Eva se entristeció. La mayoría de los granos que cambiaron de color eran pequeños y al cocinarlos, su sabor era amargo.

—Mira, Eva —dijo Doña Elena, tocando un grano perfectamente redondo y grande que no cambió de color: —La naturaleza es sabia, pero no es tonta. Te dio la fuerza en un lado y la nutrición en el otro. Tienes que convencerla de que te dé ambas cosas juntas.

Eva entendió que el laberinto era más profundo de lo que pensaba. En el primer cruce los granos habían heredado las características, pero la combinación perfecta de fuerza, sabor y nutrición, aún necesitaba ser trabajada.

—No importa —dijo Eva, tomando un puñado de los granos perfectos (grandes, redondos y sabrosos, aunque sin las súper-chispas) y otro puñado de los nutritivos (pequeños y azules).

—El camino de la ciencia es como el del maíz. Necesita muchas temporadas para madurar. Este año usé mis ojos sanos para seleccionarlos. El próximo año usaré mi paciencia para volver a cruzar las semillas que sobrevivieron y hacerlas darme lo que necesito. Repetiré el laberinto, una y otra vez, hasta que la ciencia me regale el maíz mágico.

El sol se ocultaba y Eva se dirigió a su cuaderno. Dibujó un nuevo un laberinto, esta vez con más vueltas, pero con la palabra “Perfecto” al final, escrita con su determinación. El futuro no estaba en el maíz de la olla, sino en la pequeña bolsa de semillas que guardó cuidadosamente para la siembra del año siguiente. Su aventura seguirá así hasta que un día lo logre y pueda compartirlo con el mundo.

